

Los iconos y su culto



P. Serguei Bulgakov

El P. Serguei Nikolaievich Bulgakov (1871-1944), fue un eminente teólogo ortodoxo, profesor de teología dogmática en el Instituto de Teología Ortodoxa San Sergio (París), y un activo promotor del ecumenismo.

En 1935 publicó *The Orthodox Church* (La Iglesia Ortodoxa), obra que inmediatamente fue traducida al francés y otras lenguas, y que constituye una buena introducción a la teología y espiritualidad del Oriente cristiano. Ofrecemos aquí una traducción al español del capítulo 10, dedicado a la cuestión de los iconos. Dado el carácter ortodoxo del autor, conviene hacer una aclaración: cuando se refiere a “ortodoxo”, debemos entenderlo no en sentido confesional, sino como sinónimo de “cristiano oriental”. Sus reflexiones respecto de esta materia están cargadas de profundidad y ecuanimidad, y responden a la más pura doctrina cristiana.

El traductor

La veneración de los santos iconos ocupa un lugar importante en la piedad ortodoxa. Los iconos representan a Nuestro Señor Jesucristo, la Santísima Virgen, los ángeles y los santos, mas la Cruz y el Evangelio reciben la misma veneración. Las iglesias ortodoxas están cubiertas, en el interior, con murales y muy ornamentadas con iconos, colocados en el iconostasio (la partición que separa el santuario de la nave) y sobre los muros. Dichas pinturas están usualmente pintadas

en paneles de madera o en cualquier otra superficie plana. Estatuas y escultura en general, en contraste con la costumbre de las iglesias occidentales, son raras en los templos ortodoxos. Desde el punto de vista canónico, el culto de los iconos está basado en la definición del Séptimo Concilio Ecuménico, que tiene fuerza de ley para la Iglesia. Tiene su base, asimismo, en la psicología religiosa, una base tan profunda que el icono parece indispensable a la piedad ortodoxa. En la “edad dorada” de la Ortodoxia –tanto en Bizancio como en Rusia- los iconos llenaban las iglesias; estaban puestos en todas partes, en las casas, en las calles, en las plazas, en los edificios públicos. Una vivienda sin iconos a menudo parece a un ortodoxo como vacía. De viaje, cuando visita lugares desconocidos, el ortodoxo a veces lleva un icono, ante el cual dice sus oraciones. También lleva puesta sobre su cuello la pequeña cruz que recibió en el bautismo. El icono ofrece la sensación real de la presencia de Dios.

El uso de los iconos es muy raramente comprendido en Occidente, incluso en el catolicismo, a pesar del hecho de que este último reconoce la conveniencia de tal veneración. En el protestantismo, que perpetúa la tradición de los iconoclastas, y donde los iconos están limitados a la imagen de Cristo, la veneración de los iconos es con frecuencia tenida como idolatría. Esto es así por una negativa a estudiar el problema y descubrir el verdadero significado de los iconos. El uso de los iconos está basado en la creencia de que Dios puede ser representado en el hombre, quien, desde la creación, posee la imagen de Dios (Gen. 1, 26), aunque oscurecida por el pecado original. Dios no puede ser representado en su ser eterno, mas, en su revelación al hombre, Él tiene una apariencia y puede ser descrito. De otro modo, la revelación de Dios no podría tener lugar (1). Los eventos de la vida terrena de Nuestro Señor Jesucristo son especialmente materia de representación en las imágenes. Estos están descritos en palabras en el Santo Evangelio, que, en este sentido, es un icono verbal de Cristo. Las imágenes religiosas, representando los acontecimientos evangélicos, no reciben objeción en principio, incluso entre los protestantes. Son utilizadas con un propósito de enseñanza, de recordatorios de eventos de la historia sagrada, o de inspiración. Utilizadas de este modo, exactamente como los textos sagrados, para el embellecimiento del templo, están además para nada más que para la edificación de los fieles. Este propósito está cumplido en la Ortodoxia por medio de las pinturas murales que cubren los muros de sus iglesias pero que no sirven al propósito de los verdaderos iconos. El icono no es solo una imagen santa, es algo más grande que una mera pintura. De acuerdo a la creencia ortodoxa, un icono es un lugar de la Presencia de la Gracia. Es el lugar donde aparece Cristo, la Virgen, los Santos, todos aquellos representados por el icono, y de ahí que sirve como lugar para rezarles.

Tal representación de Cristo ante la cual las oraciones de los fieles son dichas, Su imagen, hecha solamente de madera y color, materiales necesarios para dicha representación, no se corresponde con el Cuerpo de Cristo. En este sentido el icono es lo opuesto a la Eucaristía, donde no hay imagen de Cristo, sino donde Él está misteriosa y materialmente presente en su Cuerpo y Sangre, ofrecidos a los comulgantes. Las oraciones ortodoxas ante el icono de Cristo son como ante Cristo mismo; mas el icono, el lugar permanente de tal presencia, permanece solo una cosa

pureza original, una labor de creación religiosa. La Iglesia ha glorificado a ciertos santos especialmente como pintores de iconos. Los dos más grandes maestros de la iconografía rusa pueden ser citados como ejemplos, los dos amigos, el venerable Andrey Rubliov y Dionisio, ambos monjes. Es solo muy raramente, sin embargo, que los nombres de los iconógrafos son conocidos. Como las catedrales góticas de Occidente, los iconos usualmente permanecen anónimos. Ciertamente auténticas visiones de lo divino, la contemplación teológica expresada por una imagen ocurre rara vez, pero tales excepciones se vuelven modelos para copiar en la producción de multitud de iconos de uso ordinario.

El icono, por tanto, es una contemplación religiosa revestida de imágenes, colores y formas. Es una revelación bajo forma artística; no es una idea abstracta, sino una forma concreta. Es por esto que el simbolismo de los colores, el ritmo de las líneas, y el espacio de la composición son tan importantes en la iconografía. Las visiones del mundo espiritual son revestidas de forma artística donde el lenguaje de los colores (dorado, plateado, azul celeste, azul, verde, púrpura, etc.) y las líneas reciben un valor excepcional en la extremadamente limitada escala de medios artísticos. En principio, todo en el icono es simbólico, todo tiene un significado; no solo el tema, sino las formas y el color también. Conocer y preservar el sentido simbólico del icono: tal es la tradición de la pintura iconográfica, que data desde los más antiguos tiempos, acaso aún desde la antigüedad pre-cristiana, griega o egipcia, y que fue heredada por la Bizancio cristiana. De esta manera hay formado un “canon” iconográfico preservado en toda su pureza en los iconos más antiguos. Los rusos “viejos creyentes” (2), quienes han amorosamente preservado estos viejos iconos, han realizado un especial servicio aquí. Están igualados en valor por la ciencia moderna, que ha revelado dichos iconos al mundo como chefs-d’oeuvre dignos de ser comparados con las grandes producciones mundiales.

Como hemos dicho, existe un cierto canon para la pintura de cada icono, el “original” que indica como un determinado santo o evento debe ser representado. Dicho canon data de los tiempos más tempranos. Efectivamente, solo tiene un valor general e instructivo. No solo deja espacio para la inspiración personal y para el espíritu creativo (que insensiblemente lo modifica), sino que incluso presupone tal creatividad. No hay cosa tal, por tanto, como un canon absoluto del icono, como piensan los viejos creyentes. Un canon semejante condenaría a la pintura de los iconos a una completa inmovilidad y a la muerte, en la medida en que el arte es afectado. Los iconos nacen del arte y deben permanecer en el reino del arte. Aunque fundado y desarrollado sobre la tradición, el icono tiene su propia vida y lugar en el arte moderno, y su arte, un gran y maravilloso futuro. La pintura de los iconos es una rama del arte simbólico, pero más que eso, una visión y un conocimiento de Dios, un testimonio dado en el reino del arte.

Verdaderamente, para lograr este arte del icono, un artista y un teólogo contemplativo deben estar unidos en la misma persona. Ni solo el arte, ni solo la teología, pueden crear un icono: es por esto que la auténtica pintura de los iconos es la más rara y difícil de las artes. Demanda la combinación de estos dos dones, cada uno poco frecuente en sí mismo. No obstante, los

resultados y las revelaciones del icono excede, en poder, tanto a la teología especulativa como al arte profano. El icono da testimonio del más allá y sus aspectos; no intenta probar, simplemente presenta. No constriñe por el poder de las pruebas; convence y conquista por su misma evidencia.

En su propósito de revelar los misterios del mundo espiritual, la iconografía tiene sus características especiales. Primeramente, es ajeno a aquel naturalismo o realismo que ganó el predominio en el Renacimiento. La pintura de iconos no permite sensualidad en sus imágenes; debe permanecer formal, abstracta, esquemática: consiste solo en forma y color. Tal pintura busca representar la imagen del santo más bien que el rostro. Es extraña al impresionismo, mas en sus distintas formas, sus colores precisos, se aproxima al arte decorativo. Así, los iconos no conocen una tercera dimensión; no poseen profundidad, sino se contentan, como las pinturas egipcias, con una representación plana y una perspectiva inversa, lo cual excluye la sensualidad y conduce al predominio de las formas y colores con su simbolismo. Es por esto que el método artístico del icono tiene un carácter grave y ascético, y no puede poseer sensualidad, voluptuosidad carnal. La pintura de las imágenes es severa, austera; puede incluso parecer seca, como todo arte elevado y puro parecerá siempre a los hijos de las carne.

La patria artística del icono es el Antiguo Egipto (particularmente los retratos funerarios de la época helenística). Bizancio, heredera y continuadora de la antigua Grecia, es la patria de la iconografía cristiana. Aquí tales pinturas pasaron a través de varios periodos de florecimiento. Desde Bizancio el arte del icono fue llevado a las naciones balcánicas y a Rusia, donde alcanzó el grado más alto de desarrollo en el siglo XV en Moscú y Novgorod. El problema de la conexión entre la pintura italiana y el arte del icono ruso es todavía tema de discusión científica.

La influencia de Occidente es sentida claramente en la pintura del icono cuando su decadencia comienza, alrededor del siglo dieciséis. Simon Ushakov (Moscú, s. XVII) es el representante de esta tendencia, aunque no sin talento. En el siglo dieciocho la influencia del gusto occidental sobre el arte ruso rebajó la calidad de este. Rasgos de naturalismo y diletantismo aparecieron; el característico estilo ruso fue erradicado, y el arte del icono se volvió una profesión. Es sólo en estos últimos días que la comprensión del icono como un arte ha comenzado de nuevo. Al mismo tiempo renace un conocimiento de los verdaderos y elevados propósitos de dicho arte, que promete un nuevo periodo de florecimiento.

(1) Para la base dogmática del culto a los iconos, véase mi libro *El icono y la veneración de los iconos* (en ruso), 1930.

(2) Se denomina “viejos creyentes” o *raskolnikis* a aquellos que, a raíz de las revisiones de los libros litúrgicos llevada a cabo por Nikon, patriarca de Moscú, a mediados del siglo diecisiete, efectuaron un cisma en el seno de la Iglesia Ortodoxa Rusa. Su visión rígida, que tendía a

equiparar lo ritual a lo dogmático, hizo que conservaran los más antiguos usos litúrgicos rusos, en contra del retorno a la tradición griega (*Nota del traductor*).

Serguei Nikolaievich Bulgakov, *The Orthodox Church*, St Vladimir's Seminary Press, 1989, págs. 139-144. Traducción del Dr. Martín E. Peñalva.

Publicadas por Monasterio de la Transfiguración de nuestro Señor Jesucristo